

Defoe D. Diario del año de la peste. 1772.

[...] Era una época muy mala para estar enfermo, ya que si uno se quejaba, inmediatamente decían que tenía la peste; y si bien yo no tenía ninguno de los síntomas de ese mal, aunque estaba muy enfermo tanto de la cabeza como del estómago, tenía una cierta aprensión de estar efectivamente contagiado; mas comencé a mejorar después de unos tres días; durante la tercera noche descansé bien, transpiré un poco y cobré nuevas fuerzas. Junto con mi enfermedad desaparecieron también mis temores de que hubiese contraído la peste; y retomé mi negocio del modo habitual.

Estas cosas, sin embargo, desecharon todos mis pensamientos referentes a marcharme al campo; y como mi hermano ya se había ido, no tenía más discusiones sobre este tema, ni con él ni conmigo mismo.

Estábamos a mediados de julio, y la peste, que había azotado principalmente el otro extremo de la ciudad y, como dije anteriormente, las parroquias de St. Giles, St. Andrew, Holborn y en dirección de Westminster, empezaba a venir hacia el este, hacia la zona en la que yo vivía. Ciertamente, se observó que no venía en línea recta hacia nosotros, puesto que la ciudad, es decir, dentro de las murallas, seguía estando sana; tampoco había entrado mucho en Southwark, pasando el agua, ya que si bien esa semana murieron allí 1268 de todas las enfermedades, entre los que se pueden suponer unos 600 muertos de peste, en toda la ciudad sólo hubo 28 dentro de las murallas; y sólo 19 en Southwark, incluida la parroquia de Lambeth; en cambio, nada más que en las parroquias de St. Giles y St. Martin-in-the-Fields murieron 421.

Pero advertíamos que el azote se mantenía principalmente en las parroquias de fuera de la ciudad, las que, por ser muy pobladas y estar llenas de pobres, constituían para la plaga una presa más fácil que la ciudad, como explicaré más adelante. Como decía, observábamos que el mal se aproximaba a nosotros, es decir a las parroquias Clarkenwell, Cripplegate, Shoreditch y Bishopsgate. Porque siendo las dos últimas parroquias limítrofes con Aldgate, Whitechapel y Stepney, la peste llegó por fin a estas zonas, esparciéndose con gran violencia, incluso cuando ya había menguado en las parroquias del oeste en las que se había iniciado.

Fue digno de observar que en esta semana particular, entre el 4 y el 11 de julio, durante la que, como ya dije, murieron de peste cerca de 400 personas únicamente en las dos parroquias de St. Martin y St. Giles-in-the-Fields, en la parroquia de Aldgate sólo murieron cuatro, tres en la de Whitechapel y sólo una en la parroquia de Stepney.

Similarmente, durante la semana siguiente, entre el 11 y el 18 de julio, cuando la lista semanal fue de 1761, sólo murieron 16 a causa de la peste en toda la orilla de Southwark.

Mas este estado de cosas cambió muy pronto; y empezó a complicarse especialmente en la parroquia de Cripplegate y en la de Clarkenwell; así, hacia la segunda semana de agosto, sólo la parroquia de Cripplegate enterró a 886, y 155 la de Clarkenwell. De los primeros, puede suponerse que bien pudieron ser 850 los muertos de peste; en cuanto a los últimos, la lista misma decía que 145 estaban apestados.

Durante el mes de julio, y mientras, como dije, nuestra parte de la ciudad parecía estar exenta del mal en comparación con la parte oeste, yo caminaba normalmente por las calles, en la medida en que lo requerían mis negocios; y en especial, iba generalmente una vez al día, o una vez cada dos días, a la ciudad, a la casa de mi hermano, que él me había confiado, para ver si estaba en orden; y puesto que tenía la llave en el bolsillo, solía entrar en la casa y recorrer casi todas las habitaciones, para ver si todo estaba bien; porque, aunque puede asombrar que se diga que en medio de tal calamidad puede haber personas con el corazón tan duro como para robar y saquear, lo cierto es que en la ciudad sucedían, más abiertamente que nunca, toda clase de villanías, e incluso casos de libertinaje y corrupción (no diré que con la frecuencia acostumbrada, porque el número de habitantes había mermado por diversos conceptos).

Pero entonces comenzó a infectarse la misma ciudad, quiero decir dentro de las murallas; aunque allí la cantidad de gente era, por cierto, muy reducida debido a la gran multitud que había marchado al campo; y continuaron huyendo aún durante todo este mes de julio, aunque no tan masivamente como antes. Ciertamente, en agosto escapaban de tal manera que comencé a pensar que en la ciudad no quedarían, de hecho, más que magistrados y sirvientes.